

VIRGEN DE LOS DOLORES DE CHANDAVILA

(Chandavila, 15/09/2025)

Queridos hermanos sacerdotes concelebrantes, queridos hermanos y hermanas de la Cofradía Virgen de los Dolores de Chandavila, ben queridos irmaos vindos de Portugal, queridos hermanos todos: ¡*El Señor os dé la paz!*

Convocados por el Señor y su santísima Madre en la advocación de los Dolores de Chandavila, hemos llegado a este lugar donde podemos sentir fuertemente la presencia de la Virgen. Hemos venido tal vez para darle gracias a la Virgen por un favor recibido o tal vez para pedirle nuevos favores. Lo hacemos seguros de que la Virgen no dejará de escuchar nuestras súplicas y, como un día en Caná de galilea, también hoy dirá a su Hijo: “no tienen vino” (*Jn 2, 3*), atiende sus súplicas y concédeles cuanto con fe te piden.

Venimos a Chandavila como lugar de gracia en el que podemos enriquecernos espiritualmente y encontrar la paz que nos permite una plena reconciliación con nosotros mismos, con Dios, con los demás y con la hermana madre tierra. ¡Qué alegría y que gozo encontrarnos con el abrazo de la Madre! ¡Qué bonito, después del trabajo de toda la semana, y tal vez en medio de las tormentas que nos depara la vida, tener la seguridad que, mientras peregrinamos en este valle de lágrimas, ella vuelve a nosotros sus ojos misericordiosos, mientras nos susurra al corazón: “No tengas miedo, que yo soy tu madre!”, “no temas, nada te sucederá”, como le dijo la Virgen a Marcelina.

María viene a infundirnos confianza, a no tener miedo. ¿Cómo un discípulo puede tener miedo si el Señor está con nosotros para defendernos (cf. *Jr 1, 8*). ¿Cómo un cristiano puede tener miedo si ella, la Santísima Virgen es nuestra Madre?

Seguramente el Señor no nos ahorrará el tener que caminar por un tramo de nuestro camino marcado por la presencia de “erizos de castaño secos, espinos y piedras cortantes”, pero seguro también que, si ponemos en el Señor nuestra confianza, no va a faltarnos la protección de María, la Virgen de los Dolores, que aquí se manifestó particularmente compasiva, al tenderle a Marcelina un “manto hecho de cañas y hiervas” para proteger sus rodillas.

¡Qué manifestación de ternura y compasión! Y es precisamente porque es Madre compasiva por lo que ella, unida al misterio de la Pasión de Cristo, sufre con nosotros, sufre junto a nosotros sus hijos. Nuestros sufrimientos no le son ajenos, los toma consigo, como aparece representado por las espadas que le traspasan el alma. Ella no es solo Madre de Jesús, sino que colabora activamente en la Pasión de Jesús y en la redención de la humanidad, asumiendo el sufrimiento de su Hijo para la salvación de todos. “Y a ti una espada te traspasará el alma” (*Lc 2, 35*). Contemplémosla dolorida y acojamos su invitación a la conversión, al servicio a los demás y a la esperanza que no defrauda y que para nosotros tiene un nombre: Jesucristo.

Nuestra presencia y la presencia de tantos peregrinos de España, Portugal e incluso de Asia, en este lugar en el que Marcelina Barroso y Afra Brígido vivieron profundas experiencias espirituales, como declaró la Santa Sede en carta fechada el 22 de agosto de 2024, hace que este santuario diocesano esté siendo una luz en Extremadura y “una luz en España”, como quiso el Papa Francisco, y un verdadero foco de peregrinaciones. Y como afirma siempre esa

carta firmada por el mismo Santo Padre, el Papa Francisco, la experiencia profunda de Marcelina una de las “videntes” fue “haber sentido el abrazo y el beso que la Virgen le dio en la frente”.

Dejémonos abrazar y besar, también nosotros, por la Virgen. Abrámosle nuestros corazones a la Madre de los Dolores. Ella nos infundirá consuelo, estímulo, confianza. Y desde esa experiencia también nosotros nos tornaremos compasivos, y como Marcelina y Afra sentiremos la llamada a “trasmitir a las personas sumidas en el dolor, aquel dulce consuelo del amor de la Virgen que ellas han experimentado” y que nosotros también estamos llamados a experimentar. Contemplando los Dolores de la Virgen se nos pide mirar con compasión a los hermanos que sufren, y a ser luz y consuelo para ellos. Amar a la Virgen implica amar al prójimo.

Queridos peregrinos, os animo a peregrinar a este santuario, “heredero de una rica historia de simplicidad, de pocas palabras y mucha devoción”. Aquí podemos disfrutar de un ámbito privilegiado “de paz interior, de consuelo y de conversión”. Al mismo tiempo podremos admirar la belleza de la creación que desde la sencillez de este lugar nos habla de la belleza del Creador, del cual, como afirma san Francisco de Asís, nos trae significación. Sí, aquí todo habla de una sencillez que se vuelve hermosa, como hermosa es la imagen de nuestra Sra. de los Dolores que, en medio del dolor que trasmite su rostro y las espadas que lleva en su corazón, se presenta de constelaciones luminosas, como las que podemos admirar por las noches en el límpido cielo de nuestra amada Extremadura y en los pequeños pueblos de Portugal situados en la “raia”.

“Madre: He ahí a tu hijo. Hijo: He ahí a tu madre” (Jn 19, 26). Ella fue madre dos veces: en Nazaret, aceptando ser madre del Verbo hecho carne en su seno, y al pie de la cruz, aceptando ser madre nuestra. Ya no estamos huérfanos. Siempre tendremos a María como Madre. Ella es la Madre que nos ama, nos protege, nos alivia en nuestros dolores, cura nuestras heridas, nos comprende, nos escucha, nos espera siempre para abrazarnos, consolarnos y remediar nuestras necesidades. Acudamos a ella como madre llena de piedad y misericordia y ella nos acogerá benigna como solo una buena madre lo sabe hacer. Acudamos a ella y acojámosla en nuestra casa, en nuestro corazón, como hizo el discípulo amado: “Y desde aquel momento la acogió en su casa” (Jn 19, 27).

En este lugar la Virgen pidió paz y reconciliación. Lo hizo en un clima de enfrentamiento y de venganzas que reinaban en esta región a causa de la guerra civil. Mientras asumimos el compromiso de luchar para poner fin a toda violencia, también en el seno de nuestras familias, pidamos por la paz y la reconciliación entre los pueblos, particularmente aquellos que sufren la guerra: Ucrania, Tierra Santa y tantos otros países en los que la violencia y la muerte son “el pan de cada día”.

Virgen de los Dolores,
Esperanza de los que sufren, atiende nuestras súplicas:
Sana nuestras heridas corporales y espirituales.
Haz que en medio del dolor permanezcamos firmes en la esperanza.
Ayúdanos a creer y a fortalecer nuestra fe.
No te canses de volver a nosotros tus ojos misericordiosos.
Que pongamos luz donde hay tinieblas,
esperanza donde hay desesperanza.
amor donde hay odio.

paz, donde hay violencia o guerra.

Ábrenos a una fe que se haga compasión,
comunión de vida con el que está herido, con el que sufre y con todo aquel que carga con
cruces pesadas sobre sus hombros.

Haznos, oh Madre de los Dolores de Chandavila, dignos de contemplar el rostro de la
misericordia y de la compasión: Tu Hijo Jesús.

Fiat, fiat, amen, amen.